



Las metáforas y el General. La retórica de Federico Hernández de León en sus “Viajes presidenciales”, que ayudó a crear el mito de Jorge Ubico¹

Edgar Barillas Barrientos²

Resumen

Federico Hernández de León, periodista, historiador y político, fue el más prolífico creador de imágenes en torno a la personalidad del dictador guatemalteco Jorge Ubico. Ubico, quien gobernó autoritariamente el país de 1931 a 1944, tuvo un enorme séquito de aduladores que crearon en torno a él una aureola de grandeza que recreaba el mito del héroe siempre victorioso. Pero nadie como Hernández de León para crear una retórica grandilocuente en torno a la figura presidencial. Miembro frecuente de las giras presidenciales, el periodista hacía la crónica de los viajes de supervisión que el mandatario realizaba a inicios de cada año por los departamentos del país. Sus escritos los publicaba en los diarios del país; más tarde fueron recopilados por el Partido Liberal Progresista en dos tomos de un libro al que titularon Viajes presidenciales. Este hecho contribuyó a que se perpetuaran las figuras literarias en las que se magnificaba la imagen del dictador. Este trabajo muestra ejemplos de la retórica con que Hernández de León realizó su extenso retrato del dictador.

Palabras clave: Federico Hernández de León, Jorge Ubico, retórica, medios de comunicación, mito

Abstract

Federico Hernández de León, journalist, historian and politician, was the most prolific creator of images around the personality of Guatemalan dictator Jorge Ubico. Ubico, who ruled the country authoritatively from 1931 to 1944, had a huge entourage of flatterers who created around him an aura of grandeur that recreated the myth of the always victorious hero. But nobody like Hernández de León to create a grandiloquent rhetoric around the presidential figure. A frequent member of presidential tours, the journalist chronicled the supervisory trips that the president made at the beginning of each year for the departments of the country. His writings were published in the country's newspapers; they were later compiled by the Progressive Liberal Party into two volumes of a book that they called Viajes presidenciales. This fact contributed to the perpetuation of literary figures in which the image of the dictator was magnified. This work shows examples of the rhetoric with which Hernández de León made his extensive portrait of the dictator.

Keywords: Federico Hernández de León, Jorge Ubico, rhetoric, media, myth.

¹ Una versión preliminar de este artículo fue presentada en el Encuentro Nacional de Investigadores 2017.

² Doctor en Arquitectura, Facultad de Arquitectura, USAC. Maestría en Restauración de Monumentos con especialidad en Bienes Inmuebles y Centros Históricos y Licenciado en Historia. Ambos por la Universidad de San Carlos de Guatemala. Líneas de investigación, Historia de cine guatemalteco. Historia y antropología de la imagen.

Introducción

Cuando surge la pregunta sobre la persistencia del mito de Jorge Ubico, Presidente que gobernó dictatorialmente a Guatemala de 1931 a 1944, no se alcanza a vislumbrar una respuesta sencilla. ¿De qué manera se sostienen afirmaciones sobre su mandato a casi tres cuartos de siglo de que cayera defenestrado por una rebelión popular? Si se interroga a personas de distintas edades, obviamente los que peinan canas son quienes tienen formada una opinión sobre el personaje y los veredictos aparecen divididos. Entre los más jóvenes, sin embargo, en muchos predomina la idea de que Ubico fue un mandatario honrado con el que el país progresó. Se repiten los lugares comunes con otros dictadores centroamericanos contemporáneos suyos (Maximiliano Hernández Martínez, en El Salvador; Tiburcio Carías, en Honduras; Anastasio Somoza, en Nicaragua); así se escuchan decir frases como: “cualquiera podía dejar la puerta de su casa abierta que no pasaba nada porque no habían ladrones, la delincuencia estaba controlada, había orden, los funcionarios públicos era probos siguiendo el ejemplo del Primer Mandatario, sanearon la economía del país, etc.”

Empero, documentos de la época evidencian que Jorge Ubico no fue el funcionario que el mito encubre. Aumentó su riqueza mucho más allá de la que contaba al asumir la Presidencia de la República, a pesar de impulsar una “Ley de Probidad”: al ser retirado de la Presidencia se le decomisaron los bienes que había adquirido durante su administración, en un proceso hoy de moda y que se conoce como extinción de dominio. Su salario de miles de Quetzales no guardaba relación con los miserables sueldos de los empleados públicos y de los trabajadores en general. Existe suficiente evidencia de que la paz social era producto de un régimen de terror y de estricto control social, o sea, el orden obedecía a una maquinaria de espionaje, delación, cárcel, tortura y muerte. A los trabajadores se les forzaba a laborar 150 días al año so pena de ser considerados como vagos y ser conducidos a las cárceles; además, si no podían pagar un impuesto de vialidad, eran obligados a hacer faenas en los caminos. Los trabajadores del campo y de la ciudad no podían organizarse ni movilizarse con libertad; la disidencia estaba proscrita, no había libertad de expresión. Ubico concentraba todos los poderes del Estado, imponía sus criterios a

los organismos Legislativo y Judicial. Sin embargo, a siete décadas de su gobierno, muchos piensan que fue un buen presidente, un gran presidente. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

En este trabajo exploramos una de las posibles razones: el manejo de los medios de comunicación (en especial la prensa) y de la literatura impresa a través del libro *Viajes presidenciales* elaborado por un miembro destacado del gremio periodístico, Federico Hernández de León. Un grupo cercano al mandatario era el encargado de crear la imagen del hombre superior, un ser de cualidades inigualables, una personalidad intachable, visionaria, espléndida. La escuela se encargaba de fijarlos en la mente de los niños como dogma religioso, los medios se encargaban de su masificación a todos los estratos sociales (en especial la radio y el cine), mientras los rituales cívicos acrecentaban el fervor hacia el mandatario.

El mito de Ubico, que había venido gestándose desde su primera candidatura a la presidencia en 1926 y se retomó para la campaña de las elecciones de 1931, obtuvo su mayoría de edad al solo asumir la primera magistratura de la nación. En ambas campañas se crearon los signos con que se identificaría al personaje, pero como en todos los mitos, la leyenda se construyó otorgándole virtudes desde la niñez; así se dice que, de niño, Ubico fue un estudiante destacado aunque no lo fue, según críticos, como Carlos Samayoa Chinchilla (Chinchilla, 2008: 25). De acuerdo con los inventores del mito, con el paso del tiempo y los retos de la vida fue desarrollando sus mejores dotes, en tareas tales como las jefaturas políticas de Alta Verapaz y Retalhuleu y más tarde como candidato a Presidente de la República; el rechazo de la población en las urnas, sus alegatos de manipulación de los resultados y, finalmente, el triunfo electoral (otros serían los que señalarían manipulación en la elección), serían solo eslabones en la consolidación del «héroe». El Partido Liberal Progresista se vanaglorió de haberlo acompañado en las «horas amargas» y las «sendas de víacrucis», hasta que “venció al fin porque tenía indefectiblemente que vencer”. Eso lo alcanzó porque tenía “conciencia plena de su valer” “y jamás dudó del triunfo: es de los dueños del destino porque confía en él y lo domina” (Partido Liberal Progresista, 1940: 8). Otro ejemplo de esa marcha triunfal aparece en el libro *Guatemala, la Suiza Tropical* (Bascon, 1932: 41-42), una publicación en la que se hacía propaganda del país y de sus líderes políticos y económicos, al referir que en su paso como Jefe Político

y Comandante de Armas en Retalhuleu “demostró sus excepcionales dotes de hombre honrado, progresista, trabajador incansable y sobre todo de gran organizador”. Además se le califica como un militar destacado que fue condecorado por sus realizaciones; hombre de “mano viril” que realizó obras “patrióticas y notables”; “humanitario”, “minucioso”, “celoso de su trabajo”, etc., que lo mismo combatía a los delincuentes con su “mano de hierro” que dictaba conferencias sobre sanidad pública “ayudado de su cuerpo médico” o dictaba “reglamentos o instrucciones notabilísimas”. Tal pirotecnia verbal se trasladaba a los diarios, a los libros sobre la labor gubernativa, a la propaganda oficial y a los medios masivos como la radio y el cine.

En esta vía, el libro *Viajes presidenciales*, escrito por Federico Hernández de León resulta revelador. Maestro en el manejo de la retórica, Hernández de León fue el más conspicuo de los creadores del mito; era periodista, editorialista, cronista, director de un diario capitalino, escritor, historiador, que gozaba de gran respeto entre la intelectualidad de su tiempo; era considerado un intelectual de peso completo. Claro, no estaba solo, a él le acompañaban otros periodistas de medios tanto escritos como radiales, así como pintores, poetas, escultores, arquitectos, cineastas, ilustradores, todo un ejército de aduladores de la figura de Ubico. Pero nadie con la elegancia de Hernández de León. En la mayor parte del texto lo citaremos a veces en extenso, dado que la fórmula que emplea para el engrandecimiento del personaje reside en su escritura, en el uso de símiles, metáforas, dichos, retruécanos, en fin, de la retórica al servicio de la creación del mito. No basta con ir al contenido de sus mensajes, pues mucho de su arraigo reside en la forma en que los trasmite, en el discurso elaborado, en el lenguaje que por figurado es persuasivo.

Acompañó el cronista al gobernante en los años 1931 y de 1935 a 1943, algunas veces en todas las giras anuales y otras solo en algunas de ellas. La agrupación política que llevó a la presidencia a Ubico, el Partido Liberal Progresista, reunió dichas crónicas y las publicó ¡en la Tipografía Nacional, la principal imprenta del Estado! (no sabemos si el partido político pagó por esa publicación o, como era usual en Ubico, utilizó los recursos del Estado para sus propios intereses). Esto nos permite tener acceso al trabajo de Hernández de León, quien en una forma amena y anecdótica narra las incidencias de tales viajes del Presidente, acompañadas frecuentemente de

reflexiones eruditas sobre diversidad de temas, todos de gran importancia para acercarnos a las mentalidades de los actores sociales hegemónicos de aquella época. Desentrañar las concepciones del mundo y de la sociedad de aquel grupo social, nos invita a repensar la trascendencia de aquellos procesos y aquellas ideas en la Guatemala de hoy. Por ello, *Viajes Presidenciales* (Hernández, 1940; y, Hernández, 1943) es una obra de consulta obligatoria para los estudiosos del período de la última dictadura liberal. Lamentablemente, como ocurre con muchos de los recursos bibliográficos indispensables para la historiografía guatemalteca, solo se dispone de pocos ejemplares en bibliotecas públicas y estas tienen, a veces, ciertas restricciones para su uso.

Hernández de León, en la presentación del Tomo I, expone las motivaciones de reunir sus crónicas en un libro:

Se nos encomendó--con deferencia que consideramos una distinción honrosa- el trabajo de tratar el punto consignado, por haber sido acompañantes del General Ubico en algunas de sus expediciones. Aceptamos del mejor grado y propusimos reunir las relaciones ya escritas y publicadas, en un solo volumen, que quedara a manera de expresión global de lo que deseaba la Directiva. Se aceptó lo dicho por nosotros y, así, podemos repetir que este libro sale a la luz pública, por la voluntad de la Directiva del Partido Liberal Progresista (...)

El periódico que va de mano en mano, ha podido impresionar muchas retinas, de momento. Luego, pasa su acción y así se dice que el periódico tiene una existencia efímera. El libro es algo estable; el libro tiene una mayor prestancia ante el tiempo y es el guardador de las palpitaciones de las diversas épocas. De modo que, frente a él, parece que los siglos se encerraran en gigantesco paréntesis y el lector de cualquier tiempo, vive y alienta la época en que el escritor fija las situaciones. La posteridad podrá, a través de este libro, reconstruir la personalidad del General Ubico, en sus oficios de vigilante directo de las actividades de la Nación. y, con esa pretensión, nos consideramos profundamente satisfechos.

F. HERNANDEZ DE LEON.

10 de noviembre de 1940. (Hernández, 1940)

En fin, Federico Hernández de León fue una brillante pluma al servicio del dictador. Periodistas turiferarios los hubo a granel en los tiempos de Jorge Ubico, incluidos los venales, que crearon alegorías en torno a la figura del sátrapa tropical. Pero, a diferencia de ellos, el donaire de la pluma de Federico Hernández de León embelesa, cautiva... y desconcierta. De él salieron las frases laudatorias más creativas del culto a la personalidad del dictador, pero también las anécdotas que nos acercan al personaje más allá de la pompa. No fue el único, como se ha dicho, pero sí el mejor sacerdote de aquella procesión que elevó a los altares a un hombre común y corriente, aunque despiadado y ególatra. Veamos cómo lo hacía.



El periodista Federico Hernández de León (derecha) conversa con el Jefe Político de San Marcos, coronel Miguel Ydígoras Fuentes, en 1941.

1. Una maestra en apuros. La concepción ubiquista sobre la educación: mitología y realidad

En 1931 el presidente de la República Jorge Ubico, visitó el departamento de El Petén como parte de sus giras de control social que realizaría por el país durante los casi catorce años que estuvo en el poder. Federico

Hernández de León, director del periódico Nuestro Diario, le acompañaba en este viaje. El periodista narra la manera en que el presidente confrontó a una directora de Escuela:

Salimos a la calle y nos dirigimos al edificio que ocupa la escuela de niñas. En la calle vecina está la banda de música. Entramos al edificio y el Presidente se encara con la directora que, en aquellos momentos, empieza a sudar como si nuestra presencia fuera un sudorífero. Las niñas distribuidas en diversas salas, muestran en su mayoría el uniforme combinado de una faldilla blanca, una blusa muy Siglo XX de azul de Prusia y un tocado, que es una resultante de la boina vasca y de la gorra marinera.

—¿ Cuántas alumnas tiene?

—Le diré, señor Presidente; matriculadas ciento diez y ocho; pero solo asisten ciento nueve, menos nueve que están ausentes.

——¿ Cómo están distribuidas?

——Le diré señor Presidente: párvulas treinta y ocho; primer año, ventiuna; segundo, veintitrés; tercero, diez y seis; cuarto, ocho, y quinto, tres.

El General Ubico se vuelve a nosotros y con manifiesto desagrado nos dice:

—¡Igual en todas partes! He podido palpar la ineficacia del plan de estudios en vigor. Prácticamente, es lo que se llama un disparate escolar. ¡Y el daño que se está causando!

Aquel paréntesis del funcionario, lo aprovecha la maestra para secarse el sudor que le mana, como si hubiera sido tocado su rostro por la vara de Moisés.

—¿ Qué le hace falta? —Le diré, señor Presidente: unas bancas. Las párvulas, como puede verlo, se sientan incómodamente, sin respaldo, lo que les obliga a..

—Este punto —interrumpe el Presidente— está resuelto. Vamos a dar la forma de que se provean de pupitres científicamente higiénicos las dos escuelas” (Hernández, 1940: 22-23).

Esta pareciera una más de las innumerables anécdotas que Hernández de León cuenta en los dos tomos de su obra. Sin embargo, una lectura reposada nos lleva a reparar en algunas de sus afirmaciones. Tenía Ubico muy poco tiempo de haber asumido la presidencia —lo que había ocurrido el 14 de febrero de ese año de 1931— y buscaba a toda costa diferenciarse de sus antecesores. Por ello no extraña que Hernández de León se fijara en la descalificación de las situaciones heredadas de los gobiernos precedentes, tal como lo era el sistema educativo (“He podido palpar la ineficacia del plan de estudios en vigor. Prácticamente, es lo que se llama un disparate escolar.”). Cualquier persona también podría opinar que si los estudiantes no llegaban a los últimos años de primaria, algo estaba fallando en el currículo de las escuelas preprimarias y primarias; pero ocurre que a quien se atribuye esa apreciación no es una persona cualquiera, sino el Presidente de la República. La crónica de Hernández de León, no solo presenta al político que devalúa las acciones del gobierno anterior —lo cual es una práctica demasiado común, persistente en el tiempo—, sino se le confieren atributos que rebasan las capacidades de un ciudadano común y corriente. En las pocas líneas del relato, el periodista asigna al mandatario las dotes de educador, científico y, en un grado de mayor emotividad, le compara con Moisés, el patriarca bíblico, pues su presencia hace sudar de nervios a la profesora.

Si prestamos atención, la crítica hacia el sistema escolar no provenía de un educador con formación especializada en currículo. Ubico no era tal profesional de la educación; ni siquiera era un militar de carrera sino uno de línea (no se graduó en la Escuela Politécnica, la academia castrense guatemalteca); contaba con experiencia en la burocracia de la milicia (llegó a ser Jefe del Estado Mayor y Secretario de Estado en el Despacho de la Guerra), fue legislador (diputado de la Asamblea Nacional Legislativa por el distrito de Amatitlán), administrador público (jefe político en dos departamentos del país, Alta Verapaz y Retalhuleu), además de terrateniente por herencia. Su única experiencia en educación era la participación en programas de instrucción de milicias. Sin embargo,

gracias a las dotes literarias del director de *Nuestro Diario* se le advierte de pronto un gido de cualidades que solo hubiese podido adquirir en una formación pedagógica sistemática: evaluar la cobertura del sistema educativo, la pertinencia del currículo, sus contenidos, metas y objetivos, los métodos de enseñanza-aprendizaje, el contexto en que se desarrolla, además de tener estudios para explicar la deserción escolar, todo evaluado en un santiamén. Subliminalmente se está enviando el mensaje de que en aquel momento si se contaba con un presidente que sabía de educación y, además, era tan enérgico que no podía dudarse que él tendría la solución para el abandono escolar. La manipulación aquí es sutil: si el mandatario es capaz de identificar un problema y además es enérgico para resolverlo, estamos ante un hombre de mucha capacidad y sabiduría. Los atributos de educador que le otorga Hernández de León, se ven complementados cuando se le asigna el conocimiento «científico» de cuáles serían los muebles más adecuados para garantizar no solo la comodidad de las estudiantes sino también la higiene de las mismas.

Similar situación se vivió en Rabinal en la gira de 1937 al opinar el gobernante sobre los horarios de clases. Cuando el presidente Ubico observó que en la escuela “se veían pocos indios”, el maestro explicó que los padres de familia eran renuentes a enviar a sus hijos a la escuela porque les ayudaban en las tareas del campo. El presidente determinó entonces que la Secretaría de Educación enviara una circular para que se arreglaran los programas de estudios a fin de que los niños asistieran a clases solo por la tarde para que aprendieran a leer, escribir y contar y ayudaran a sus padres en las labores agrícolas. El razonamiento para tal decisión fue que “todavía el indio no puede apreciar diferencias entre las ventajas materiales y las espirituales que se derivan de la enseñanza” (Hernández, 1940: 285).

Tales coqueteos con la falacia de la falsa autoridad (un personaje que no es educador dictaminando sobre el currículo nacional) que comete Hernández de León, serían demasiado burdos si no fuera porque las letras de los cánticos aduladores se hicieron acompañar del temor a la discordancia y porque esa fórmula funcionó casi sin resquebrajamientos hasta las rebeliones de 1944 que acabaron, primero con Ubico y luego con su sucesor, Ponce Vaides. Se trataba ni más ni menos de un coctel de retórica y de miedo que sostuvo a la dictadura y creó el mito de un hombre con rasgos heroicos, un ser superior al común de sus conciudadanos.

Debido a su facilidad para el manejo de la comunicación escrita, Hernández de León no solo utilizó signos convencionales para engrandecer la figura del gobernante, sino creó nuevas formas de presentarlos. Es decir, buscó y encontró formas distintas de expresar las ideas fijadas por otros o por él mismo. En los *Viajes Presidenciales*, la cantidad de cualidades que se le asignan a Ubico, muchas de los cuales ya habían sido fijadas por otros comunicadores, raya en la infinitud; su autor, sin embargo, encuentra en cada momento ingeniosas formas expresivas para presentar al gobernante. En esa dirección, la perla de texto antes citada sobre la visita a la escuela y la maestra sudorosa es, sin duda, la comparación con el Moisés bíblico que con su vara era capaz de realizar los más inauditos prodigios: separar las aguas del Mar Rojo, convertir el agua en sangre, hacer brotar agua de una roca, etc. Una reacción común de una persona ante una autoridad temida —en este caso la sudoración en el rostro de la maestra— es explicada por una causa sobrenatural: ella sudaba como si su rostro hubiera sido “tocado por la vara de Moisés”. Una figura literaria, sin duda, muy del gusto de su autor para quien, a lo largo de las más de mil cien páginas de su libro (sumando ambos tomos), no tendría barrera que las contuviera. En resumen, la imagen de Ubico que nos trasmite Hernández de León en esta y en numerosas páginas de su obra, es la representación de una autoridad que iba más allá de lo humano.

La supuesta sapiencia de Ubico sobre el sistema educativo nacional que le hizo exaltarse cuando observó con desagrado el fenómeno de la deserción escolar y llegó al diagnóstico instantáneo de la ineficiencia del plan de estudios, queda al desnudo en la misma narración de Hernández de León. La solución al problema del abandono de la escuela por los estudiantes que les impedía culminar sus estudios primarios bajo la óptica del gobernante, tiene que ver más con un militar acostumbrado a la disciplina de los cuarteles y con un patrón de finca que considera que sus empleados no necesitan la escuela para la vida sino solo para el trabajo, que con un especialista en currículo. Según el relato del autor de los *Viajes presidenciales*, luego de retirarse de la escuela y ya en su casa-alojamiento, el Presidente retomó “el asunto de la educación”:

—He recorrido todas las escuelas de la República y siempre me he dado con el mismo fenómeno: los niños asisten a los primeros grados, van escaseando en progresión al ascenso,

en forma que, al llegar al quinto año, desaparece la asistencia. Esta condición no tiene otro motivo que el plan de estudios enrevesado y fuera de la realidad (Hernández, 1940: 285)

¿Qué es lo enrevesado y fuera de la realidad? El sistema educativo organizado en niveles y grados:

...No se necesita esa clasificación operada (organización por niveles y grados de estudio), que obliga a los padres de familia pobres, a retirar a sus hijos, apenas han pasado los tres primeros años. Siempre verán ustedes que el cuarto y el quinto año, están vacíos o casi vacíos. Y el Estado no solo se causa un daño, sino que causa el daño a los demás. (Hernández, 1940: 285)

La solución, según Ubico, era simple, por pavorosa que parezca:

Debe enseñarse a leer, escribir y contar... Hay que convencerse que, por el momento, lo urgente, lo hacedero, es la desanalfabetización.

—Pero usted, señor, hará reformar la ley.

—¡Claro! No queremos República de literatos, sino pueblo de trabajadores desanalfabetizados. (Hernández, 1940: 285)

Más aún, Ubico consideraba que el Estado no debía emplear recursos para la educación, pues el dinero utilizado en la educación no era inversión sino desperdicio: “Ustedes pueden ver que los ríos de dinero salidos de las cajas nacionales con destino a educación pública, han sido sacrificios estériles... (Hernández, 1940: 285).

La famosa austeridad del gobernante se plantea aquí en su más descarnada y primitiva versión: la educación como un gasto inútil. Lo anotado por el cronista contrasta con la imagen de un Ubico que en su papel de Jefe Político propalaban sus biógrafos. El General, según ellos, se había preocupado por “construir escuelas” y su “buen funcionamiento”, había dado “atención especial” a la educación, establecido “cursos entre los maestros”, creado escuelas de música, mejorado “las dotaciones de los

maestros asignándoles sobresueldos”... ¿Cuál era el verdadero Ubico? ¿El adalid de la educación? ¿O el retrógrado pragmático? El cronista nos ha acercado a una faceta invisibilizada del dictador, la del patrón de finca que mide la calidad de la educación exclusivamente por el aumento de la productividad del trabajo, algo que aún persiste en algunas cavernas empresariales del siglo XXI. La mano de obra –indígena en su gran mayoría- debiera recibir la mínima educación, lo justo necesario para que siguiera siendo barata y que en algo le llegara “la luz de la civilización”, lo mínimo para que siguieran siendo excelentes cortadores de café. Lo que se oculta en el mensaje, es la consideración de que la educación en todos los niveles es solo para los «civilizados»; para aquellos que no les alumbraba aún la luz del progreso, según las teorías evolucionistas en boga, era solo asunto de «desanalfabetización».

A lo largo de su narración, Hernández de León ha puesto en boca de Ubico opiniones contundentes y lacerantes sobre la educación. Pero, ¿cuál es la apreciación del periodista sobre las prédicas del gobernante? Nos lo dice en el párrafo final del apartado dedicado a la visita a la escuela de niñas de Petén, en el que comienza con la metáfora de Ubico como uno más de los evangelistas:

El Evangelio. Lo dicho por el mandatario es una realidad penosa. Aun se recuerda la forma en que se legislara sobre la materia y el famoso congreso de maestros que sólo fue la sanción de lo que ya se tenía guisado y aderezado³. La reforma del plan de estudios, en la primera enseñanza habrá de ser algo que se compagine con la idiosincrasia de nuestro pueblo y, como dijera el Presidente, más estamos para República de ciudadanos trabajadores desanalfabetizados que para legiones de bachilleres, sin fijeza ni acomodo. (Hernández, 1940)

Es como si Federico Hernández de León quisiera poner el último clavo en el ataúd de la educación guatemalteca que Jorge Ubico había comenzado a sellar.

³ Posiblemente se refiera al Congreso Pedagógico Centroamericano de 1823 en el que se había discutido aspectos relacionados con la educación por niveles, la cobertura educativa, el currículo pertinente en cuanto a género, etnicidad, contexto geográfico, etc., aún cuando estaba formulado en términos del racismo evolucionista. Consultar: Edgar Barillas, *La Reforma Educativa de Guatemala*, pp. 14-15.

2. Hernández de León y la utilización de signos para definir a Ubico

En las campañas presidenciales y en los primeros meses de su gobierno, los comunicadores a su servicio fijaron una serie de cualidades en la figura de Jorge Ubico que a fuerza de repetirse se convirtieron en signos con los que se identificaba al candidato y luego mandatario. Se le presentaba como el personaje que poseía “excepcionales dotes”, “mano viril”, “mano de hierro”, “un corazón patriota y un cerebro luminoso e inquieto”, “inquebrantable energía”; era “honrado”, “trabajador incansable”, “progresista”, “patriota bien intencionado”; “realizaba labores formidables”, “obras patrióticas notables”, así como numerosas “obras humanitarias”; en su desempeño “hizo patria”, “saneó moral y materialmente la administración pública”, “abrió las puertas del progreso al país”, “hizo de la administración pública un organismo perfecto”, su obra fue “magna”, “interesante”, “ejemplar”, “compleja”, “vasta”, “intensa”, etcétera, etcétera (Consultar. Gascon, 1932; y, Partido Liberal Progresista, 1941). Así, Federico Hernández de León contaba con un amplio repertorio de expresiones que su entorno le había enseñado; había aprendido también la forma en las que las podía utilizar y las reglas para combinarlas. Es decir, no solo contaba con la gran cantidad de signos con los que se identificaba a Ubico (líder, visionario, valiente, decidido, probo, capaz, etc.), sino con las formas en que estos podían ser utilizados. Por ello era capaz de seleccionar la opción expresiva más adecuada⁴. Hernández de León es un buen ejemplo de fijación de signos y repetición de lugares comunes, pero también de formas novedosas de utilizarlos, es decir, de creación/recreación de signos. No solo se valía de las fórmulas convencionales utilizadas por los otros comunicadores respecto a la figura presidencial, sino creaba nuevas fórmulas recurriendo a la retórica, a la poética, a la creación. A continuación presentamos algunos ejemplos del uso tanto de la fijación de signos (uso convencional) respecto al dictador, como también de la creación y recreación de nuevos mediante el uso de recursos literarios que no estaban al alcance de la mayoría de sus colegas comunicadores.

La memoria prodigiosa y el don de catar. Un episodio en Asunción Mita, Jutiapa, pone en evidencia el uso de la fijación por Hernández de León pero de una forma anecdótica para potenciar los signos con que se le

⁴ Para este planteamiento, utilizamos la explicación de la fijación y creación de signos planteada por Carlos Velásquez en su obra *Teoría de la mentira, una introducción a la semiótica* (Velásquez, 2016: 79-80).

asignaban a la figura del mandatario. Resulta que los esposos Perdomo Menéndez recibieron a la comitiva presidencial en su casa particular. El señor Perdomo comentó al presidente sobre un pobre y solitario individuo sordo que sabía arreglar máquinas y además las inventaba; como si fuera poco, era excelente panadero y su especialidad era el pan de yuca. “Había que conocer esta alhaja y el Presidente ordenó que lo llamaran”, dice el cronista presidencial. Al llegar el sujeto, Ubico lo miró detenidamente: “fijó su mirada profunda y, **pudimos notar cómo funcionaba, a través de sus ojos, la máquina de los recuerdos**”. “Yo conozco esta cara...”, dijo en voz baja. Y luego agregó: “Tú eres Cancinos: tú eres el que hacía alambiques para el contrabando de aguardiente”. El Presidente -dice el cronista- no había visto al hombre en mención por treinta años: “**El poder retentivo del Presidente es admirable**”, concluye asombrado Hernández de León. Pero no quedó ahí la cuestión. Probaron el famoso pan de yuca y el Presidente preguntó a los que lo habían degustado: “¿Qué tenía la torta de yuca?”. “Yuca”, contestaron todos. Entonces, **el mandatario sentenció:**

-Han perdido el paladar; la mitad o una tercera parte era de harina de yuca; lo demás, harina de trigo. Sepan ustedes que sólo con la harina de yuca, en la forma en que estaba elaborada, no habría Cancinos ofrecido la torta que se comieron” (Hernández, 1943: 10-11).

En un solo episodio, dos cualidades (signos) habían sido asignadas al mandatario: por un lado, era poseedor de una retentiva admirable y por otra, se le atribuyeron dotes de catador para determinar las calidades y propiedades de un desafortunado pan de yuca que hasta entonces gozaba de amplia reputación. Pero el que sus conocimientos culinarios fueran, por supuesto, superiores a los de sus acompañantes, se vuelve constante para lograr que se fije en el imaginario de sus gobernados:

Bajamos frente a la casa del Estado, adquirida por el General Ubico para su albergue en las visitas frecuentes que hace y, para nuestro regalo, las nubes han recogidos sus aguas y el sol fulge como si fuera un día de fiesta celeste. A pesar del madrugón de aquel día, es aún temprano para tomar el almuerzo y, por los informes recogidos, nos sentamos a la

mesa y hacemos entrada a una sopa de sesos, en una salsa achocolatada que está de primera. Saboreamos el plato con deleite y, para probar lo delicado del paladar, decimos:

-¡Qué interesante! Se ve que el cacao anda por aquí.

-No es cacao –nos dice el Presidente;- es simplemente harina tostada que da el color y el sabor.

Nos lucimos; para consolarnos, le entramos a unos lomititos y a otros pormenores que pasamos por alto. (Hernández, 1943:343-344)

Pan de harina que se hacía pasar como de yuca y harina tostada que parecía chocolate: no había nada que lograra engañar al paladar del mandatario. Y esa era una virtud que pocos poseían.

El hombre de hierro. Uno de los aspectos que más recalcan los panegiristas de Ubico, era su carácter recio, su indomable actitud ante la vida. Un ejemplo de ello es esta cita de Hernández de León refiriéndose a una gira al Occidente en 1938:

Son ya las nueve de la mañana y el sol no logra abrirse paso por las capas gélidas. La comitiva hace un paro, en tanto que el Presidente se entera de algunos detalles con los vecinos. Como va en carro descubierto, desafiando la crudeza del instante, le interrogamos:

—¿No siente que se le rajan los labios?

—No; no se me rajan. Y agregó, con una íntima satisfacción:

—Ni yo mismo me rajo de nada” (Hernández, 1940: 331).

Especialista en diagnósticos. En Santa Catarina Ixtahuacán, en la gira al Occidente de 1941, según el cronista del Presidente, Ubico dio muestras de ser un diestro diagnosticador de enfermedades y sus causas, así como de sus conocimientos de ingeniería; habilidades que no requieren de conocimientos profundos, son presentadas como virtudes inherentes a un personaje singular:

El Presidente hace notar que **hay caras que denotan la existencia del paludismo** y ordena que se desequen los dos pantanos que están vecinos a la población y que nosotros apreciamos, desde la altura, como dos esmeraldas. Los indios dicen que se ha intentado desecar esos pantanos, sin lograrlo. **El General Ubico toma un papel y un lápiz y les dice la manera de proceder.**

—Hagan un desagüe principal así; luego se forman las plumas, que son desagües menores. No será extraño que den con un pozo artesiano, lo cual significaría para ustedes un valioso hallazgo. Procedan inmediatamente y, con la visita del médico, entrará la salud a sus casas (Hernández, 1943: 69).

El Supremo Juez. Aunque había un Organismo Judicial con su sistema de jueces, juzgados y abogados que litigan, el presidente Ubico se arrogaba el privilegio de tomar decisiones que competerían a los juzgadores e incluso a las autoridades que certificaban los estudios de los juriconsultos, solo que con más sabiduría, otro de los rasgos que se le atribuían al mandatario:

En la audiencia de Gualán se presentan, por varios sujetos, quejas contra un abogado. El Presidente va resolviendo las cuestiones **dentro de la suma prudencia**. Pero llega un momento en que se ve que el licenciado tiene de cabeza a sus coterráneos y, a propósito de un despojo, la actitud presidencial llega a sus lindes.

—El licenciado Fulano de Tal —dice el quejoso- me quiere quitar un terreno; más bien, me lo quiere robar. Me hizo firmar un documento, con mucha política, sobre arrendamiento y a las últimas resulta que se quiere quedar con él..

—¿ Se ha quejado usted con alguna autoridad local?

—Con el señor Jefe.

—Es cierto —dice el Jefe Político—. El licenciado quiere abusar de este hombre; lo que le ha dicho, señor, es la verdad. El otro es licenciado y tiene sus defensas. . . .

—Le llama ahora mismo —indica el Presidente— y **le dice que devuelva el terreno**. Y recuérdale que existe la Penitenciaría y que **tengo la facultad de recoger títulos de quienes no saben hacer el uso debido**.

Sale del concurso presente de vecinos una especie de suspiro de satisfacción. Se trata de la justicia administrativa en funciones activas, con vistas a la moral social. **La justicia para los débiles, tiene en el General Ubico la fuerza incontrastable del deber...** (Hernández, 1940: 524.)

Ubico, el marino instructor. No era solo que el general Ubico fuera diestro en el oficio de la navegación, sino que también quería que le imitaran. Se fijan aquí otras de las cualidades atribuidas con frecuencia al presidente: sus dotes de marino y sus cualidades como capacitador; tal sucedió con los lancharos de varias latitudes que recibieron sus «enseñanzas»:

El General Ubico tiene **facultades de marino**; lo mismo para ser unidad en la tripulación, que para tomar el mando supremo. En estas referencias, hemos citado más de un incidente en el que se habría sobrevenido un fracaso, sin la **serena**, la **firme** y la **enérgica** actuación de él, con el timón en las manos. Casos prácticos presentados en las aguas procelosas del mar abierto, o en las encontradas olas de los golfos nacionales. De esta suerte, su amor a la marinería le lleva a estudiar situaciones y en una de tantas, dispuso la adaptación de una vela a las canoas menores, con el agregado de un flotador, que garantiza la estabilidad. Vela y estabilizador son de costo menor.

Dio sus primeras instrucciones a los vecinos de Puerto Barrios, en la última expedición; asimismo instruyó a los morenos de Livingston, presentando los casos prácticos. Ahora, traía los aparejos en su viaje a Atitlán, para enseñar a los indios de la laguna el manejo de este medio de transporte más rápido, más seguro y con menos gasto de energía animal. (Hernández, 1943: 420)

El maestro de lógica. Ubico también daba clases de pensamiento lógico. Por increíble que parezca, Hernández de León atribuía a Ubico hasta cualidades de un catedrático de lógica, especializado en enseñar cómo se realiza el proceso de realizar inferencias. Y esto con un ejemplo de la cotidianidad del mandatario: fumar cigarrillos. Veamos:

—Parece, General, que usted entretiene el hambre con los cigarrillos.

—Sí y no. Fumo por costumbre desde la mañana; y cuando a mano viene entretener el hambre, se entretiene con el cigarro. Ustedes que no fuman, no pueden formarse juicio exacto de los beneficios que acarrea el fumar. Sobre todo, para el hombre público. Muchas veces hay que dar una respuesta que merece meditación, y no conviene que el interlocutor se percate del esfuerzo o vacilación. Entonces se lleva el cigarrillo a la boca; se hace la aspiración; levanta uno poco a poco la cabeza y expele el humo. . . Cuando ha salido la última voluta, se da la respuesta. **En aquel intermedio, el pensamiento ha funcionado con precisión y no se dice un disparate.** Para el político, el cigarrillo es lo que el trapo rojo para el torero... Flores, Petén, 1931 (Hernández, 1940: 29).

Trabajador incansable. El general Ubico también era incansable en su trabajo, según sus apologistas. En esta narración de un suceso en La Antigua Guatemala, en 1943, Hernández de León lo pone de manifiesto:

Se retira el honorable Ayuntamiento y entra una señora de edad, tipo de nuestra clase media, que debió tener sus defensas económicas y ahora sólo le queda la defensa de una opulenta gordura. Tiende un papel, en tanto que expone:

—Considerando, señor Presidente, su natural cansancio con tanto caminar, tuve a bien....

—No, señora, no estoy cansado; **no soy de los que se cansan cuando están en el cumplimiento de sus deberes.** Diga

de palabra lo que desea, que a eso vengo: a oír, no a leer”
(Hernández, 1943: 536).

Experto diseñador. En Quetzaltenango, en 1938, el parque a Centroamérica cuyo diseño generalmente se atribuye al arquitecto e ingeniero Rafael Pérez de León, el cronista más bien se lo atribuye al propio Jorge Ubico:

Entonces intervino el General Ubico. Ya que se habían derribado los árboles y entrado a golpes de pica y hacha, debía hacerse una cosa bien hecha. Quetzaltenango merece algo mejor de lo que se proyectaba. Y el Presidente pidió catálogos de jardines **y tomando detalles de unos y otros, dió** (sic) **a Pérez de León una idea de lo que debía hacerse, con los detalles escogidos.** Pérez de León, con talento y acierto, interpretó los deseos del General Ubico y presentó los planos, a los cuales se someterá la construcción del nuevo parque central (Hernández, 1940: 335-336).

El hombre y la máquina. También se atribuían a Ubico cualidades en el manejo de máquinas, en este caso, un automóvil, en un hecho ocurrido en Retalhuleu, 1936:

El General Ubico abandona el carro que le ha servido durante toda la excursión y se pone al volante de un roster descubierto. A su lado va el General Méndez. Con el ánimo de un colegial en vacaciones, alcanzamos a oírle:

—Vamos a correr por estos caminos, como en mejores días...

Y le perdemos de vista, entre una nube de polvo, asido al volante del carro, que le obedece, **como si la máquina fuera una prolongación de su propia persona...** (Hernández, 1940: 198).

3. El uso de la retórica, lo poético, en Hernández de León

Según Ana María Pedroni, el aspecto estético aparece como un mecanismo retórico-persuasivo, pues sirve para conferir prestigio al producto y provocar adhesión psicológica. Un mensaje estéticamente bien logrado

despertará razonamientos inconscientes o conscientes como: “Esta gente si sabe cómo hacer las cosas”..., “por fin algo bueno”, etc. (Pedroni, 2004: 141). A eso recurre Hernández de León cuando compara al presidente Ubico con personajes históricos que gozaban de fama. Veamos estos ejemplos:

El Presidente apenas pone pie en tierra y recibe la bienvenida, se dirige al embarcadero. Desciende las improvisadas gradas que se han labrado en la cuesta y llega hasta la orilla en donde una empalizada cubierta de barro, hace las veces de dársena. Avanza el General Ubico y pensamos en **Vasco Núñez de Balboa, cuando avanzaba a la orilla del mar Pacífico** (Hernández, 1940: 346).

En Chichicastenango, 1936:

Todos los indios quieren saludar al Jefe del Estado. Muchos le toman la mano, inclinan la cabeza, doblan una rodilla y hacen el gesto de besar. **Se piensa en un Duque de Alba, besando la mano del rey.** El General Ubico prodiga sus cariños; se sonríe con todos y les comunica una corriente de simpatía y de afecto. Hace preguntas a los muchachos de las escuelas que responden con prontitud y acierto (Hernández, 1940: 144).

Camino a Sololá, 1940:

El camino estaba bordado por filas de indios, como si se tratara de un hormiguero. Iban y venían en grupos de hombres, mujeres y muchachos. De todos los caseríos vecinos, salían los indios con los incensarios encendidos. purificando el ambiente al paso del Presidente. Hincados de rodillas, mujeres y hombres. daban a los incensarios el movimiento acompasado de un péndulo de los cuales se desprendían las gruesas columnas de humo perfumado. **En tanto, otras manos arrojaban pétalos de flores, en actitudes que recordaban el paso de los vencedores de la antigua Grecia** (Hernández, 1940: 524-525).

Hernández de León utilizaba también los recursos retórico-persuasivos cuando narraba la manera en que el presidente Ubico predecía el futuro. Las exageraciones más fantásticas sobre las dotes adivinatorias del general eran contadas con tal gracia que parecían verdades. Los hechos narrados eran celebrados por Hernández de León con entusiasmo, aún cuando él mismo sufriera las consecuencias de lo pronosticado. Repasemos algunos ejemplos. En San Lucas Tolimán, a orillas del lago de Atitlán, la embarcación que llevaba al presidente y su comitiva llegó al muelle. Algunos de los visitantes estaban pasados de peso, por ejemplo “Eduardo Mayora que tiene más carnes de la cuenta” y “el Secretario Quiñónez a quien le han crecido las nalgas y la barriga más allá de la estatuaria”; estaba también la tropa que además de su peso llevaban sus armas y parte de la población que había acudido a dar los primeros la bienvenida al Presidente. El muelle crujió, “dio un primer quejido vago y lastimero”. Entonces, Ubico dijo en voz alta: “-Es preciso que no permitan tanta gente sobre estos muelles, que un día de tantos vamos a tener un disgusto. Con poco, nos vamos al agua.”

Y lo que predijo el presidente se cumplió:

Diciendo “agua” y esparciéndose en el espacio un traquido de maderos que se rompen. Sentimos que nos faltaba base de sustentación, que se nos abría la tierra, que una fuerza nos tiraba para abajo y, de pronto, nos creímos envueltos en un manto frío y húmedo, sumergiéndonos en condiciones que nos parecieron inacabables. Por último, nos sentimos acostados en un lecho que no era de plumas. Y tragamos unos buchets de agua, como si fuera un regalo.

Es de advertir que a este sitio del muelle, acuden algunas lavanderas y no faltan las inditas que hacen por estos sitios sus necesidades. De manera que, cuando nos tragamos las tres buchadas, nos quedó en el paladar, un inconfundible sabor de agua de caca.

—¡ Vaya! —pensamos franciscanamente—. El Destino nos la ha hecho comer muchas veces; ahora nos la sirve en caldo.

Rápidamente nos rehicimos; la pasividad nuestra durante toda la resbalada del muelle al agua, se trocó en un movimiento de defensa de la vida. Nos incorporamos y, apenas sacada la cabeza del líquido, nuestro primer cuidado fué (sic) enterarnos del General Ubico: ¿Qué pasaba?

El peso de tantas personas, realizó **lo que preconizara el Presidente**. El muelle se partió por la mitad. El General Ubico iba ya por el tramo que toca la tierra cuando el fracaso. Sin alterarse, ante la realidad que se presentaba, dejó que se quebraran las reglas que sostenían las tablas; luego se apoyó en una pica de alpinista que acostumbra llevar en todos los pasos difíciles y, dando un salto, llegó a la orilla, metiendo solamente una bota en el agua. El señor Embajador había caído de lado, de modo que sólo un lado se empapó...

El Presidente estaba rodeado por vecinos del lugar, cuando alcanzamos a verle y decía:

—**Es la ventaja de ser motociclista: se ven los peligros y rápidamente se resuelven** (Hernández, 1943: 221-22).

En otra ocasión, en el río Chajmayic, en 1942: “Llovizna. El Presidente nos dice, como si anunciara un agregado a la diversión:

-Lo único que nos falta es que se descuelgue un chaparrón.

Que era lo esperado por el chaparrón para caer” (Hernández, 1943: 194).

En Comitancillo, Huehuetenango:

Almorzábamos aquella mañana en una casona, con un corredor en donde sonaba una marimba, cuando el Presidente, entre bocado y bocado, contaba algunas hazañas de los encomenderos, conocidas por él. Y, como quien tiene la certidumbre estricta de lo que expone, dijo:

—**Apostaría que esta casa fué (sic) en otro tiempo de habilitadores y sitio de flete humano.**

Llamó a uno de los vecinos viejos que estaban en las afueras y preguntó:

—Esta casa ¿de quién era antes?

—De don Fulano de Tal.

—¿Qué ocupación tenía don Fulano de Tal?

—**Habilitador, señor**” (Hernández, 1943: 259-260).

En El Progreso (hoy Guastatoya):

Una banda de música se arranca con un pasodoble, mientras a la distancia viene la cabeza de la columna. El sol cae de firme y el calor aprieta con esas tenazas que aumentan de fuerza, conforme avanza el día; va promediando la mañana. El Presidente ordena a uno de sus servidores que le traiga un sombrero de corcho que ha dejado en el carro para cambiarlo por la gorra militar que tiene puesta. El subalterno da la vuelta y se dirige al carro. En tanto, el Presidente que observa a su servidor, dice a quienes están cerca:

—**¡Este, se va a caer.**

Nosotros **que conocemos el don adivinatorio del Presidente**, fijamos la mirada en el militar que ha ido por el sombrero inglés. Vemos como lo toma con las dos manos, cómo regresa frente a su jefe, como no ve donde pone los pies y, tropezándose con la arista de un arriate, cataplum, cae.

—**Lo dicho —dice el Presidente impasible.**

El militar azorado se recobra y se pone de pie con el sombrero en la mano. Mientras, dice el Presidente en voz baja:

—**Ahora, va a botar el sombrero.**

Así fué, el sombrero de corcho se escapó de sus manos y cayó al suelo.

-Lo dicho —insistió el Presidente.

Nos sonreíamos de buena gana y nuestros vecinos hacían otro tanto que **habían escuchado claramente las predicciones del Presidente**” (Hernández, 1943: 311).

Lo que sorprende no es que se le atribuyan dotes de adivino a Ubico, sino que el cronista se las crea a pie juntillas o al menos eso es lo que hace creer:

Muchas personas llenaron los turnos de la audiencia. El piso de la sala, amenazaba hundirse con el entrar y salir de la gente. Recordamos en esos momentos el muelle de San Lucas Tolimán y, tímidamente, dijimos al General Ubico:

-Dispense, señor ¿no cree usted que se hunda la sala?

El Presidente nos vió con ojos de confianza y dijo:

-No, no se hunde. Y ya nosotros nos quedamos más tranquilos (Hernández, 1943: 321).

Otro ejemplo más:

Embarcados, se levantan anclas y se sueltan los amarres. El General Ubico al entrar en la embarcación dice sentenciosamente:

—Este barco tiene lo menos veinte años de servicio y, por lo que se ve no se le ha renovado. **No sería raro que nos dejara a medio camino...**

Uno de los conocedores de los contornos nos decía:

—Allá, en aquel recodo, está Tzununá, se producen unas naranjas que no tienen rivales en la República. Más allá están los cafetales del Jaibal que este año darán una cosecha de mil quintales, allí donde ustedes ven en ese parche de verdura; más allá. . .

No concluyó la frase, porque un ruido interior en el barco, un ruido sordo de catástrofe, interrumpió el informe. Tal el

estruendo, que nosotros creímos ver de las oquedades del casco, brotar el agua. Un naufragio, como si estuviéramos en el Mar de Coral. Pronto salió del interior de las máquinas uno de los trabajadores e informó: se había roto la transmisión y el paro súbito había producido el escándalo. **El Presidente, con acento filosófico, se concretó a pronunciar estas tres palabras:**

—**Ya lo decía** (Hernández, 1943).

El cronista eleva el nivel de su retórica sobre las cualidades de adivinador del gobernante cuando expresa la idea de Ubico no adivina los acontecimientos sino que es la causa misma de los fenómenos:

Es cierto. A la salida de San Pedro lo había anunciado. Nosotros formulamos esta cuestión, ante el supremo jefe:

—Vemos que tiene usted un don de acierto admirable. Ya son muchos los casos que hemos registrado. **Pero nosotros, en vista de la frecuencia, consideramos que no es precisamente que usted acierte con lo que va a suceder; sino que las cosas suceden, porque usted las anuncia** (Hernández, 1943: 426-427).

Quizás el *súmmum* de la retórica del cronista presidencial sean las descripciones en las que eleva las muestras de respeto al presidente, en especial por parte de los pueblos indígenas, con actos de devoción que generalmente se rinden a alguna imagen religiosa. Ya hemos visto en el primer apartado la comparación con el Moisés bíblico, pero las reiteradas menciones a lo religioso hacen ver que el uso de la fijación era uno de los recursos preferidos para elevar al presidente a la categoría de patriarca religioso e incluso de deidad. He aquí unos ejemplos en los que, además, el cronista hace gala de un racismo acendrado:

En Patzún:

Había en la expresión mucho de religioso. Era el poblado indígena de Patzún el que así salía al encuentro del funcionario. El indio tiene, no obstante el paso de cuatro

siglos de cristianismo, una observancia por los ritos que fueran de sus mayores. Hay una mezcla de atenciones civiles y de atenciones religiosas. Y sus respetos, sus cariños, sus afectos más intensos dentro de lo humano, los confunde con lo que alcanza de divino. **Los indios de Guatemala tienen hoy, por el General Ubico, un afecto marcadamente religioso. Le ven como al redentor de su familia, como al Balum Votán** que le ha dado una nueva personalidad, que les ha sacado de la esclavitud y que les presenta horizontes más dilatados para disponer de su patrimonio, arrebatado en una lucha de castas (Hernández, 1940: 306).

Sololá, 1938:

Sale al encuentro del Presidente el General Aldana, Jefe Político del lugar. Aldana está gordo y de buen color; las cebollas de Panajachel que tienen misteriosos influjos, han fortalecido al funcionario en forma que parece aparentemente, con diez años menos de los setenta que ya araña. Suenan músicas de bandas, fanfarrias, chirimías y tamborones. Estallan los petardos, en tanto que las campanas dan la bienvenida, **como si se tratara de una fiesta episcopal** (Hernández, 1940: 310).

Tecpán, 1940:

En sus mentes primitivas se mantiene esta idea, como un rayo luminoso. **Tata-Dios** y **Tata-Presidente**. Para ellos el Presidente **es poderoso, es justo, es generoso, lo ve todo y lo dispone todo**. Y esto que decimos, al hacer referencias a los indios de Tecpán, se extiende a toda la indiada de la República, en donde el respeto y la devoción por el Presidente, se exponen con las mismas expresiones de sus cultos religiosos. **El General Ubico representa para ellos el dios bueno y justo, en contraposición del dios tenebroso de otros días**, el dios malo que sólo les aplicaba los daños, sin concederles una sola gracia. Era en aquellos tiempos, el

verdadero Tenebroso, con mayúscula, para diferenciarlo del **Bueno** que hoy preside sus acciones (Hernández, 1940: 513).

Nahualá 1940:

Todos pugnan por acercarse al Presidente, a tocarle las ropas, **a mostrarle su devoción**, a que con sus manos poderosas pueda ungir la cabeza de los pequeños retoños, **a prosternarse de hinojos, a levantar el brazo derecho; con la mano abierta en dirección del Presidente, para volverla inmediatamente a su propia cabeza y hacer la señal de la cruz...** La observada confusión que apuntáramos recientemente, sobre la mixtificación de las cosas terrenas y las cosas celestes, la unificación del respeto por lo divino y el respeto excepcional por lo que de humano representa la figura que tienen delante (Hernández, 1940: 523).

Salida de Nahualá, 1941:

Por estos sitios, los indios, como si se tratara de familias independientes de los demás indios, tienen manifestaciones propias. A los lados del camino están los grupos de hombres y mujeres, viejos y muchachos, hincados de rodillas al paso de la comitiva; **mueven el incensario, como si zahumaran personas divinas**; levantan la mano extendida, con la palma dirigida a los carros y luego la vuelven a los labios, en un beso, todo unción y respeto. Ellos saben que marcha en las máquinas prodigiosas el Tata Presidente, **especie de divinidad política, acompañado de todos nosotros, que venimos a formar, la corte celestial...** (Hernández, 1943: 67).

Nahualá, 1943:

Volvíamos por aquellas rutas enrevesadas, presenciando los espectáculos de los indios que, de lado y lado, en grupos heterogéneos, movían los incensarios, arrojaban pétalos de flores, se hincaban de rodillas y elevaban las manos en actitudes de entonar plegarias. Estos espectáculos eran los

que movían la admiración de nuestros compañeros, los periodistas mexicanos, que nos decían más tarde:

—Ya nos damos cuenta de la popularidad del General Ubico; **estos indios le miran como a cosa sagrada.**

—Estos indios y todos los que ustedes seguirán viendo (Hernández, 1940: 417).

En La Unión, San Marcos, 1943:

Y entra una señora que con acento convincente dice:

—He deseado su llegada, señor Presidente, **como si se tratara de la venida de Nuestro Señor Jesucristo.** Tengo varios niños que se han quedado en la orfandad. Su padre murió de muerte repentina el 22 de diciembre. Algunas divergencias ensombrecían su vida y apareció muerto a la puerta de su casa en La Reforma...

—¿Qué desea usted de mí? —interroga el Presidente, **que en aquellos momentos debe pensar en las palabras bíblicas de Jesús: —Dejad a los niños que vengan a Mí...** (Hernández, 1943: 452).

4. Más allá de la retórica

El cafetalero que defiende a los cafetaleros. Ubico heredó de sus padres la finca San Agustín Las Minas, en el departamento de Guatemala. Sin embargo, durante su gobierno aumentó sus bienes inmuebles valiéndose de diversas maniobras para adquirirlos a un precio menor que el del mercado. Ubico era cafetalero, se comportaba como cafetalero y gobernaba al país como cafetalero. El trabajo forzado y el control social sobre la fuerza de trabajo, las prebendas para los empresarios agrícolas, la defensa oficiosa de los intereses de los agricultores eran una expresión de ello. Así se puede comprobar en la lectura de los *Viajes presidenciales*:

Cuilapa, 1941:

El Intendente manifestó al Presidente que se trataba de edificar una escuela, que buena falta hace.

-¿Y los recursos para hacer el edificio?

—Algunos finqueros me han hablado que podría hacerse una colecta privada, desde luego, manejada por personas honorables y bajo un control absoluto.

—**Nada de colectas -ordenó el Presidente- y menos ahora, para caer sobre los finqueros de café**, en días en que su artículo no vale nada. Salgamos de este período penoso en que nos hallamos y entonces podremos hacer muchas cosas, sin necesidad de tender la mano suplicante (Hernández, 1943: 5).

Otro ejemplo:

Cuando llegamos a la Intendencia, alcanzamos a oír un plan que expone el Intendente:

—El asunto de las escuelas, es asunto urgente. Las escuelas estaban en edificios de lodo y se cayeron con los temblores. El Gobierno tiene una casa en donde están instaladas las fábricas de aguardiente; si se nos donara esa casa, nosotros haríamos las reparaciones este mismo año. Dinero no tenemos disponible, como no sean unos setenta y tantos quetzales; pero los vecinos nos han ofrecido ayuda lo mismo que las fincas de la jurisdicción. . .

Por esta parte iba el munícipe, cuando el Presidente le interrumpió para decirle:

—**Ya les he dicho que dejen en paz a los finqueros** y que me es repugnante estar solicitando dineros a los particulares para hacer obras que debe hacer únicamente el poder público. Son sistemas que dan origen a muchos abusos incontrolables (Hernández, 1943: 468-469).

La ley de vialidad. Para que la empresa de la agroexportación se desarrollara se necesitaban vías de comunicación. Ya los anteriores gobiernos liberales se habían encargado del desarrollo de la red ferroviaria, lo que significaba un gran adelanto para el desarrollo capitalista en el agro y en la ciudad. Pero las carreteras deseaban mucho que desear. La comunicación incluso, entre las cabeceras departamentales, carecía de las condiciones adecuadas para permitir la libre circulación de la producción. Por ello, la administración de Jorge Ubico declaró la Ley de Vialidad que garantizara mano de obra gratuita o bien ingresos monetarios provenientes de aquellos que quisieran cambiar la obligación de trabajar en los caminos a cambio de una «contribución» monetaria. Hernández de León lo refleja claramente:

—Es exactamente igual-observó el Presidente. —Hay obligación de hacer dos semanas de vialidad y pagar treinta pesos por el ornato o desquitar esos treinta pesos, con trabajo personal. Con el trabajo de ustedes, no se beneficia en particular ninguna persona, sino toda la región. Hoy en la República se trabaja duro en los caminos, para que no hayan escaseces y hambres. Todo el ladrillo que ustedes fabrican, es para el puente, para arreglar desagües de la carretera, para el bien de todos.

El indio inclinó la cabeza ante la frase moderada del funcionario que le explicaba, lo que indudablemente él sabía muy bien. Pero el indio es marrullero y necesita buscar oportunidades, para encontrar resquicios por donde escaparse. Hizo una reverencia y se retiró (Hernández, 1940: 55). San Martín Jilotepeque, 1934.

Otro ejemplo de trabajo forzado en la construcción de caminos:

—Antes de retirarnos queremos agradecer a usted, señor, las obras públicas que se han hecho en nuestro pueblo. Ya le mandamos el otro día unas postales, mientras llega el señor Presidente a verlas personalmente... Se acaba de instalar la luz eléctrica.

—Está bien todo lo que sea progreso; pero nada de contrabando. ¿Entienden? A ver qué otra obra nueva y de beneficio público se puede hacer.

—La carretera de Momostenango; así podrá llegar el señor Presidente.

—¿Ya tienen el estudio?

—Ya, señor.

—Entonces es cosa de ustedes. Ya saben que la vialidad es para las carreteras principales. Ustedes deben empezar a trabajar la propia, en jornales extra (Hernández, 1943: 253).

Los jornales de la ley contra la vagancia. El principal mecanismo de trabajo forzado durante la administración de Jorge Ubico, como es bien sabido, fue la Ley Contra la Vagancia, del 8 de mayo de 1934. Por medio de ella se obligaba a los campesinos a trabajar al menos 150 días como jornaleros, so pena de ser considerados vagos. Hernández de León se refiere a ese mecanismo de explotación laboral de la siguiente forma:

Y salimos disparados para Guazacapán, adonde llegamos a las ocho y media. En Guazacapán un labrador que debe ser más listo que Merlín, dice al Presidente:

—Pedimos que se nos rebajen los ciento cincuenta jornales que establece la ley, porque en estas tierras no hay fincas en donde desquitar el trabajo señalado.

—Siembren ustedes para ustedes mismos.

—Tenemos nuestras siembras, con las que nos alcanza para vivir.

El Presidente, un tanto molesto, porque adivina a dónde va el presentado, arguye con acento terminante:

—Pues siembran más hasta llenar lo que dice la ley. **Se ha calculado un tiempo de trabajo mínimo, lo que puede**

hacer flojamente un hombre. Ya aumentaré los jornales, en vez de disminuirlos: lo que persigo es hacer de mi país una nación de gente de trabajo y no de haraganes. ¡A seguir sembrando! (Hernández, 1943: 289).

Trabajo, solo trabajo:

En Patzcía, en donde se tiene por el General Ubico un culto religioso, culmina la audiencia con la solicitud de un ciudadano indígena que dice:

-Queremos la creación de un Club Liberal Progresista de indígenas, ya que el señor Presidente nos ha requetequerido y nos ama tanto.

El Presidente sonrío y explica:

-En tiempos de paz y de orden, no hay más clubs que los del trabajo; júntense para trabajar que es la mejor manera de servir a la patria y de servirme. Cuando haya elecciones o necesidad de defender a la patria, ya se juntarán ustedes en forma política o militar. Por ahora, trabajo es lo que quiero (Hernández, 1943: 329-331).

5. La mujer en el pensamiento del general Ubico

Los discursos de Jorge Ubico sobre la mujer, de acuerdo a Hernández de León, eran muy elaborados, como copiados de un manual de buenas prácticas de equidad. Sin embargo, tras el discurso asomaba la misoginia, el irrespeto, el machismo. Veamos las declaraciones de buenas intenciones:

En la gira hacia el Occidente del país, en 1936, encontrándose el presidente Ubico en Chichicastenango, se presentó un hombre a denunciar que un militar había violado a su esposa; ellos no habían tenido hijos y producto de la violación la mujer quedó embarazada. Presentó la denuncia ante el tribunal correspondiente, pero luego de la acusación los testigos se retractaron y el juez absolvió al acusado. Cuando escuchó la historia, Ubico montó en cólera:

—Las pruebas en esta clase de asuntos -dice el General Ubico, con palabras que golpean- no han de ser tan materiales como si se tratara de hacer hablar a un colchón. Usted disponía de suficiente indicio, con las circunstancias que expuso el acusador. Debió usted tener en cuenta que se trata del honor de una mujer, **que es lo más delicado que cabe en la vida social.**

El General Ubico se levantó de su asiento y con voz tonante agregó:

—Ponga hoy mismo su renuncia, señor Juez, y vaya a aprender lo que es el honor de la mujer, sea su condición social la que sea. Si nosotros, los delegados de la autoridad no guardamos los fueros del **pudor** de las mujeres ¿en manos de quiénes quedan? El **honor** de la mujer es algo tan sagrado que, en su defensa, se deben agotar todos los recursos. ¡Ponga su renuncia, señor Juez!

(..) Sobre este incidente, que forma la expresión de una manera de pensar del General Ubico, podrían decirse muchas cosas. En conversaciones aisladas, en torno al suceso referido, se nos ha presentado como **el más decidido guardián de las mujeres. Las mujeres que son madres y son esposas.** Para ellas, todo el **respeto**, todo el **acatamiento**, toda la **defensa legal** y, aun más allá. La mujer tiene en el gobernante guatemalteco un **protector decidido**, por lo que hace a los fueros del honor y de su **honra** (Hernández, 1940: 144-145).

Hernández de León presenta a Ubico como “el más decidido guardián de las mujeres”, como su “protector decidido”. ¿Es así? Notemos que el escritor habla de la mujer únicamente como madre y esposa; o sea, el rol de la mujer en la reproducción de la especie como ley ineluctable de la vida. Recordemos que estamos en una época de predominio de las ideas evolucionistas, derivadas de la teoría darwiniana; esta ha sido utilizada para sustentar los roles tradicionales del hombre y la mujer en la sociedad, así como la visión de que entre los sexos no solo existen diferencias sino también una franca oposición (Castañeda, 2007: 57). De acuerdo a esas

teorías evolucionistas, desde el principio de la especie humana la división del trabajo llevó a una representación que se ha difundido en los museos de historia natural, en el cine, la televisión, las caricaturas: los hombres son cazadores de tigres, bisontes, mastodontes mientras la mujer amamanta a los niños y prepara la comida. Esta división corresponde, según dicha teoría, a las diferencias físicas entre los sexos: ellos son fuertes (lo que los hace ser valientes), mientras ellas son débiles (y por tanto, dependientes); las mujeres se ven restringidas por razones biológicas como el embarazo, el parto, la lactancia (Castañeda, 2007: 60). De ahí que Ubico representa lo más sublimado de “ser hombre”, que defiende a la mujer para que no sea mancillada en su pudor, en su honor. El jefe de la manada que defiende a los débiles, en este caso, las débiles, las mujeres, las encargadas de las crías, las que amamantan, las que se quedan en el hogar (la cueva) esperando que regrese el macho con el sustento. La ciencia y la práctica social actual refutan tales ideas cavernícolas de aquellos tiempos en donde la teoría de la evolución campeaba en los ámbitos académicos y en el machismo social difuso.

Y ahora contrastemos aquella valoración de la mujer como una joya inmaculada a la que no se puede mancillar, con otras anécdotas narradas por la pluma del cronista de Ubico. Mazatenango, 1936:

Nuestros ojos iban por todos lados y en todas partes se encontraban con muchachas guapas de verdad. Sobre todo, de cuerpos robustos y graciosos, como si entraran en competencia con las palmeras de la comarca. Por allí venía una muchacha de ojos enloquecedores, levantado busto, como si fuera una ternera que tratara de embestir con el pecho. Más allá una garrida gloria de la tierra mazateca, con mucha luz en la mirada y mucha gracia en la nariz arremangada, como si quisiera oler todo lo que pasaba cerca de ella. Por allá dos mozas, una morena y una rubia, tal la copla del sainete. . . Y todas con cuerpos airosos, en un concurso de mujeres gentiles. Estábamos asombrados del espectáculo que se nos ofrecía. El Presidente dijo en una expresión de acoplamiento de ideas:

—**¡Todas son bien dadas!** (Hernández, 1940; 204).

Del rol asignado a la mujer como madre abnegada, ahora se pasaba al de la mujer como objeto. Mucho se había cuidado Hernández de León de hacer aparecer a su jefe como un codicioso varón sediento de los placeres del sexo, como se comentaba años después no sin cierto temor⁵. En esta ocasión, sin embargo, el periodista le presenta sin ambages como el macho que escondía sus apetitos tras las palabras rimbombantes pero huecas.

Pero también da cuenta Hernández de León de expresiones de irrespeto por parte del presidente respecto a las mujeres entradas en años, o sea, “maduras”. Asunción Mita, 1941:

El edificio de madera, presenta ya un aspecto ruinoso: se hará el nuevo para lo cual determinó el lugar, cercano a una producción de agua. El General Alfaro, Jefe Político de Jutiapa, insinuó al Presidente la conveniencia de pintar el edificio. El General Ubico hizo un gesto de desdén y repuso:

—Para qué... Pintaría usted un zapato viejo. Nosotros nos permitimos insinuar:

—Señor, hoy hasta las viejas se pintan.

A lo que respondió el Presidente con rapidez:

—**Sí; pero a pesar de que se pintan, ya no dan fuego** (Hernández, 1943: 7).

Aquí se evidencia otra faceta de los roles asignados al hombre y a la mujer por aquellos “nobles varones”, siguiendo las pautas del evolucionismo: él pone su virilidad, ella “el fuego”.

Y este último ejemplo de la misoginia en su máxima expresión:

Pero lo que mayor enaltecimiento significaba para los trabajadores, era la disposición de premiar a sus mujeres. Ellas, por abnegación que sólo lo demuestra **la mujer capacitada para comprender sus deberes y aptitud de mantener las**

⁵ Se conocen testimonios de exalumnas en los cuales se presenta a Jorge Ubico “pasando revista” a las señoritas que estudiaban en el Instituto Belén, para seleccionar a las “más bonitas” (Comunicación personal anónima brindada en la Escuela de Historia de la Universidad de San Carlos de Guatemala, el 12 de marzo de 2018).

tradiciones de nuestras buenas madres, que siguieron a sus esposos en todas las vicisitudes de su vida. Nos agrada recordar que, en nuestras primeras informaciones sobre los viajes presidenciales, hicimos notar las intervenciones del General Ubico en favor de la mujer guatemalteca, la protección que le merece y el deseo de sostener el prestigio bien ganado por ellas, en actos de sacrificio, **supeditando la voluntad, a las especiales circunstancias del varón.** (Hernández, 1943: 360-361).

El machismo surge aquí en toda su dimensión: el hombre como centro de la atención de las mujeres quienes tienen que llegar al sacrificio para complacerles. Se da por sentado que las mujeres están ahí, supeditadas a la voluntad y a las “especiales circunstancias del varón”, es decir, para atenderlo, escucharlo, festejarlo, apoyarlo y obedecerlo (Castañeda, 2007).

Cerremos este apartado con una anécdota más, de las relatadas en los Viajes presidenciales. Unas visitantes salvadoreñas le hablan al Presidente:

Marca el itinerario presidencial el paro en Esquipulas, para tomar el almuerzo. Así se hace, en la sala municipal del lugar. Cuatro damas de distinción solicitan hablar con el General Ubico; son santanecas y quieren presentar su saludo al jefe del Estado. Las cuatro hablan atropelladamente.

-Venimos de Santa Ana en peregrinación y estamos encantadas de este país, que no conocíamos a pesar de su vecindad. Lo que más nos atrae es el orden y el respeto que observamos en todas partes. Nuestro propósito era volvernos por donde habíamos venido; pero la impresión tan grata recibida nos mueve a solicitar que se amplíe nuestro pasaporte y se nos permita llegar hasta la capital.

El General Ubico sonríe con satisfacción y observa:

—**Antes de la ampliación del pasaporte necesitan el permiso de sus esposos...** (Hernández, 1943: 378).

Conclusiones

Se ha hecho un largo recorrido por los textos de Federico Hernández de León en la búsqueda de acercarnos a la figura del general Jorge Ubico, Presidente de Guatemala, 1931-1944. Se ha buscado a lo largo de las mil y una páginas de sus dos tomos de los **Viajes presidenciales** las referencias al Presidente; se ha evitado al máximo detenernos en las propias opiniones del cronista sobre los innumerables tópicos que trata en su obra, sino básicamente en las que hacen referencia al gobernante. La retórica y el recurso de la fijación (esas ideas que se reiteran tanto que pasan a formar parte del pensamiento de una colectividad humana) como artificios para construir la idea del héroe. Los ejemplos son abundantes y llevan a concluir que, efectivamente, existió una campaña deliberada para crear alrededor de la figura del mandatario una aureola de un ser onmisapiente, un ser humano todopoderoso al cual sus conciudadanos le rendían homenajes rituales dignos de un ser por encima de los demás mortales.

Podría argumentarse que lo dicho por Hernández de León pertenece solamente a él y no representan los que Jorge Ubico expresó. Sin embargo, las publicaciones en el diario del cronista y sobre todo la publicación de los dos tomos de los **Viajes presidenciales** en una sociedad en donde los medios de comunicación estaban sometidos a una severa censura, no permiten dar credibilidad a tal suposición. Ni el propio Jorge Ubico ni su partido servil hubieran permitido que se publicaran pensamientos que no correspondieran al pensamiento del gobernante. De tal forma que podemos aseverar que lo dicho por el periodista corresponde, palabras más, palabras menos, a lo expresado por Ubico y las situaciones narradas son no solo verosímiles sino apegadas a la verdad, solo que expresadas retóricamente.

Por otra parte, el cronista de los Viajes presidenciales nos acerca a la figura histórica de Ubico no solo en su lado «amable» sino también nos permite identificar algunas de características que salen en los relatos y nos presentan al hombre de carne y hueso, con sus defectos, misoginia, despotismo, iracundia, fobias y hasta el racismo oculto. Por ello consideramos oportuno incluir citas del mismo cronista en que se

evidenciaron, sin que fuera el propósito de Hernández de León, también sus debilidades; o sea, hemos visto por un lado el discurso y por otro los mensajes ocultos “más allá de la retórica”.

La pluma de Hernández de León, esa enorme capacidad de crear figuras retóricas, esa habilidad para convencer entreteniéndolo, no tendría parangón entre los corifeos del rito a Ubico. Imitadores si los hubo a granel. Pero no cabe duda que mucho del mito y del rito hacia Jorge Ubico salió de la mente brillante del autor de los *Viajes presidenciales*.

Referencias Bibliográficas

Hernández de León, Federico (1940). *Viajes presidenciales, breves relatos de algunas expediciones administrativas del General D. Jorge Ubico, Presidente de la República*. Guatemala: Publicaciones del Partido Liberal Progresista.

Hernández de León, Federico (1943) *Viajes presidenciales, breves relatos de algunas expediciones administrativas del General D. Jorge Ubico, Presidente de la República*. Guatemala: Publicaciones del Partido Liberal Progresista, Tomo II.

Barillas, Edgar (2001). *La reforma educativa de Guatemala*, Guatemala: Ministerio de Educación.

Bascon, J. (Ed.) (1932). *Guatemala, la Suiza Tropical*. La Habana, Cuba: Pan América Publicity Corporation.

Castañeda, Marina (2007). *El machismo invisible regresa*. México: Editorial Santillana.

Interiano, Carlos (2003). *Semiología y comunicación*, Guatemala: Editorial Estudiantil Fenix.

Partido Liberal Progresista (1940). *La obra del general Ubico. Asilo de ancianos*. Guatemala: Tipografía Nacional.

Partido Liberal Progresista (1941). *Labor realizada en la administración del señor general de división don Jorge Ubico, presidente de la República de Guatemala, durante los años 1931 a 1941; ramo de comunicaciones*, Guatemala: Tipografía Nacional.

Pedroni, Ana María (2004). *Semiología, un acercamiento didáctico*. Guatemala: Editorial Universitaria.

Samayoa, Carlos (2008). *El dictador y yo*. Guatemala: Tipografía Nacional.

Velásquez, Carlos (2016). *Teoría de la mentira, una introducción a la semiótica*. Guatemala: Ecoediciones.

----- (2016). , *Comunicación, semiología del mensaje oculto*. Guatemala: Ecoediciones..

